

# La atracción por la barbarie

Por Marcelo Rozas

En un artículo particularmente lúcido, hace algunos días un columnista nos hablaba de la muerte del "palo blanco" como institución y nos demostraba, con un cierto grado de nostalgia, que el "palo blanco" en nuestro país no fue pura hipocresía; también tenía algo de conciencia, la conciencia de quien bordea el delito y no sabe en qué lado de la línea está con respecto a éste, pero sí tiene claro que existe el delito. La pérdida de la conciencia de que se está en el campo del delito, el lucro o el aprovecharse de situaciones de poder para ganar dinero, es muy propio de las culturas que, basadas en el consumismo, transforman el dinero en su único dios.

Lamentablemente en nuestro país la desfachatez y la desvergüenza no sólo son patrimonio de los operadores en el campo del dinero. En su columna el señor Juan Antonio Widow, bajo el título "El cascabel al gato" ha sostenido la necesidad de reglamentar "la violencia aplicada a los reos". A su propia pregunta de "si es legítimo ejercer violencia sobre una persona presuntamente culpable", se responde afirmativamente, y pone cuatro condiciones que deben cumplirse para esto: primero, que haya una culpabilidad cierta; segundo, que "la violencia se aplique en proporción al delito"; tercero, que sea ejercida por la autoridad, y cuarto, que haya una clara reglamentación de la violencia aplicada a los reos. Es el verdugo que se saca la máscara, es la búsqueda



de argumentos para justificar la realidad, es el intelectual al servicio de la violencia. No tiene sentido discutir una argumentación que está destinada a

justificar y respaldar una realidad que de hecho existe, por supuesto, sin ningún derecho. Lo importante es tratar de entender por qué algunas personas que trabajan con ideas pueden sentir nostalgia de la barbarie; ¿qué los hace rendirle culto a la fuerza? Los encontramos detrás de Hitler, detrás de Lenin y Stalin; en general, detrás de cada dictador aparecen quienes están dispuestos a razonar en contra de la razón. Los pensadores que justificaron el nazismo en Alemania estuvieron detrás de una idea, de una utopía o el engrandecimiento de una raza. Quienes justificaron el estalinismo en Europa lo hicieron en nombre de la construcción de una sociedad que encarnaría el progreso universal y el desarrollo de la clase obrera; en los dos casos se trataba de justificar la barbarie. La diferencia con sus imitadores criollos es que éstos pura y simplemente entienden y desean la barbarie como tal, desde luego "ordenada, reglamentada, medida", seguramente para que no se produzcan "excesos". A estos intelectuales, que se fascinan con el poder, les espera un triste y singular castigo, una vida solitaria, prisionera de su propia cabeza y de sus ideas, y cuando ya sean incapaces de ejercer la violencia sobre los demás, se torturarán ellos mismos hasta la locura y algunos de ellos hasta la muerte.